



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

En Montevideo, a los 14 días del mes de setiembre de dos mil quince, siendo la hora 17:10 se reúne el plenario de la Academia Nacional de Letras con la asistencia de los siguientes señores académicos: D. Adolfo Elizaincín, que lo preside, Da. Virginia Bertolotti, D. Jorge Bolani, Da. Magdalena Coll, D. Ricardo Pallares, D. Gabriel Peluffo, D. Wilfredo Penco, Da. Beatriz Vegh y Da. Marisa Malcuori en Secretaría con la asistencia de la Sra. Jimena Hernández.

Falta con aviso: D. Gerardo Caetano, D. Rafael Courtoisie, D. Carlos Jones, Da. Angelita Parodi y Da. Gladys Valetta.

Falta sin aviso: D. Juan Grompone, D. Óscar Sarlo D. José María Obaldía.

Licencia: D. Jorge Arbeleche y D. Hugo Burel.

En esta oportunidad el académico, D. Ricardo Pallares expone sobre *¿Qué diría hoy Felisberto Hernández con un ejemplar de Nadie encendía las lámparas debajo del brazo, a más de 50 años de su muerte y casi a 70 de aquella publicación?*

Sr. Presidente de la Academia, señores académicos:

Agradezco la presencia en la tarde de hoy y la escucha de todos ustedes. Me sumé al conjunto de las sesiones de ponencias con el propósito de apoyar la iniciativa para celebrarlas mensualmente. Aunque la idea de estudiar y movilizar un tema al margen del trabajo habitual tenga mucho tiempo, el ciclo actual instalado por iniciativa de nuestro Presidente da oportunidad de contribuir al proceso de construcción del conocimiento.

Si Hernández estuviera entre nosotros,

1) Inicialmente diría, según mi opinión, su asombro por las múltiples ediciones de sus obras, tanto en el país como en el extranjero, especialmente a partir de 2014 al ingresar al dominio público. Probablemente comentaría algo con relación a las dificultades que tuvo en vida para hacerse conocer y circular sus textos y algo acerca de su regocijo actual no obstante los vivos intereses del mercado.

2) Saludaría con un pequeña reverencia el proyecto de que este libro ingrese próximamente a los Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas, y disimularía el disgusto por la tardanza.

Si hubiera aquí algún amigo suyo quizá venciera su natural inhibición ante el umbral de las situaciones públicas y pidiera para leer un breve pasaje del comienzo de “El acomodador” en el que el protagonista dice:

“Al detenerme [en la fila correspondiente cuando conducía a las personas en el teatro donde yo era acomodador] extendía la mano y hacía un saludo en paso de minué. Siempre esperaba una propina sorprendente, y sabía inclinar la cabeza con respeto y desprecio”.

Así haría lugar, de paso, a la ambigüedad y ambivalencia de los personajes que instalan esos sentimientos que recorren toda su narrativa. En especial cuando el narrador protagonista los experimenta, independientemente de las variadas configuraciones, perfiles o investimentos que tiene. A veces creo que sus protagonistas son los personajes que actualizan a un mismo actante.

3) Ahora, un poco más adaptado a las circunstancias, diría que 52 años después ya no duda de que la muerte para un artista consagrado no es más que la suspensión momentánea de su olvido y la momentánea derrota del silencio.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Según él, aunque ambas cosas no evitan el vacío metafísico de la existencia, la memoria y el recuerdo así como el susurro de la lectura de las obras permiten lograr algo perdurable. Como si el creador estuviera ya en su estatua y pensáramos en “la inocencia con que la estatua tenía que representar un personaje que ella misma no comprendería”. Recordemos que este pasaje es parte de lo que dice el narrador a comienzos de “Nadie encendía las lámparas”, cuando, mientras lee en una tertulia, se distrae mirando una estatua que había en el jardín con palomas que daban vueltas a su cabeza.

El silencio momentáneamente derrotado es parte del silencio que forma parte de los sonidos, especialmente de la música y que intenta anularlos sin éxito. Hablaría del silencio del que el narrador de sus cuentos tanto habla, explora, teme y pondera. Probablemente pidiera para leer el párrafo 10 del cuento “Mi primer concierto”, con lo cual nos deslumbraría una vez más con ese memorable pasaje en el que logra la mayor aproximación imaginable entre narrativa y música.

Seguiría leyendo un pasaje -otra vez de “El acomodador”-, relativo al silencio y a las ingestas del protagonista del cuento en un comedor gratuito. Porque el silencio como toda insatisfacción (alimentaria, económica, afectiva, etc.) da lugar al pensamiento y al rumiar de la rememoración:

“... y el dueño de casa comía en esa mesa una vez por mes. Llegaba como un director de orquesta después que los músicos estaban prontos. Pero lo único que él dirigía era el silencio. A las ocho, la gran portada blanca del fondo abría una hoja y aparecía el vacío en penumbra de una habitación contigua; y de esa oscuridad salía el frac negro de una figura alta con la cabeza inclinada hacia la derecha. Venía levantando una mano para indicarnos que no debíamos pararnos; todas las caras se dirigían hacia él; pero no los ojos: ellos pertenecían a los pensamientos que en aquel instante habitaban las cabezas. El director hacía un saludo al sentarse, todos dirigían la cabeza hacia los platos y pulsaban sus instrumentos. Entonces cada profesor de silencio tocaba para sí”.

4) *Nos diría que al aproximarse a los 70 años de la publicación de NEL cree conveniente aclarar que ella no se debió a una “propina sorprendente”, que nunca le llegó, sino a la comprensiva y generosa promoción de Jules Supervielle y a su gestión en editorial Sudamericana. Agregaría que ya en 1942 su novela corta “Por los tiempos de Clemente Colling” había sido financiada por trece personalidades entre las que figuraron Carmelo de Arzadum y Joaquín Torres García. Por lo cual, siendo muchos de ellos sus amigos e interlocutores, se hicieron cargo de la realidad de su vida por entonces y de la realidad de este país.*

Diría que este hecho lo distinguió grandemente pero al mismo tiempo le dejó una mengua en su autoestima, una secreta pero hiriente inferioridad ante sus imposibilidades económicas.

Luego leería un pasaje perteneciente otra vez a “Mi primer concierto”, en el que el protagonista -que lo connota y a veces lo denota al autor pero no es enteramente él- dirigiéndose a dos hermanos amigos suyos y al afinador, antes de empezar su concierto, dice:

-Pero, díganme una cosa... ¿Ustedes están preocupados por mí? ¿Ustedes creen que es la primera vez que me presento en público y que voy a ir al piano como si fuera a un instrumento de tortura? ¡Ya lo verán! Hasta ahora me callé la boca. Pero esperaba esta noche para después decirles, a esas profesoras que charlan, cómo “un pianista de café” -yo había ido contratado a tocar en un café- puede dar conciertos; porque



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

ellas no saben que puede ocurrir lo contrario, que en este país un pianista de concierto tenga que ir a tocar a un café.

Acotaría, como si se tratara de una digresión narrativa, que lo paradójal está muy presente en su narrativa porque es inevitable que la realidad representada traiga hasta las texturas la realidad propiamente dicha. Diría que en ella ocurre como en el cuento “El comedor oscuro”: la viuda cursi dueña de casa que se llama Muñeca y es pequeña, mientras Dolly -su servidora- a despecho de su apodo, es una mujer enorme. Ambas no tienen conciencia de lo pedestre. Porfían en su momento en la indagatoria gritona sobre dónde está la caldera para el mate de la patrona, antes de que el pianista empiece a tocar para ella.

5) No diría nada al ver su retrato hecho a carbonilla por Carmelo de Arzadun que me tocó ubicar hace pocos años en la Galería del Mercado dirigida por el artista Carlos Palleiro. El retrato hoy está en poder de su hija la Sra. Mabel Hernández y de la Fundación Felisberto Hernández, lo que lo pone muy orgulloso.

Es un retrato de la madurez del autor, con el cabello ensortijado y la mirada ausente. Los ojos carecen de iris y pupilas. Arzadun captura muy bien el modo de mirar del cuentista: impreciso, fugaz, con ojos entornados, ensimismado y esquivo. Así miraba Hernández. Especialmente en situación pública o rodeado de amigos y conocidos: como si estuviera a la defensiva, atento para disputar el protagonismo de la reunión a cualquiera que eventualmente quisiera tenerlo. Si ello ocurría, largaba uno de sus excelentes chistes y desbarataba cualquier intento en tal sentido.

6) Quedaría asombrado porque uno de esos cuentos de borrachos circula por una de las redes sociales. No sabría de qué ocuparse primero, si de aclarar que le pertenece o de ponerse a escribir acerca de las otras magias de la electrónica. Y celebraría mucho que ahora se puede publicar gratis por Internet y comunicarse por cable submarino en tiempo real. Inquieto con la idea y concepción suya del pasado a la luz de los comportamientos de la memoria, expresaría cierto temor de que se borrara todo de la red e insinuaría su preferencia por el libro en soporte papel y por la memoria en soporte subjetivo. Escribiría con frenesí sobre la probable inexistencia del llamado tiempo real y sus implicancias filosóficas y epistémicas. Se entusiasmaría argumentando que las palabras y sus tonos, sus silencios y sus sombras son un universo líquido e inagotable.

7) Si entrara por una de estas puertas al verse en un ámbito académico diría que no pudo terminar el último año de la Primaria, que en el sistema educativo de su época estaba en el sector terciario, por una pavada. Pero que fue autodidacta e interlocutor de José Pedro Bellán, Carlos Vaz Ferreira, Carlos Benvenuto, Francisco Espínola, Alfredo y Esther de Cáceres, Alberto Zum Felde y Clara Silva, de Arzadun y Torres García, Jesualdo Sosa, Roberto Ibáñez, Jules Supervielle y Susana Soca, Amalia Nieto, Paulina Medeiros y Reina Reyes, Angel Rama y Benito Milla, entre otros, director a la sazón de Editorial Alfa, en tiempos que Uruguay tenía una incipiente masa lectora que hoy parece estar perdiendo en lo cuali-cuantitativo.

8) Diría que escribió a su manera cuentos para ser leídos por él -tal como explicó en “Sobre literatura” de Diario del sinvergüenza- Que los escribió para sus oyentes y después para sus lectores, no para los gramáticos, lingüistas, teóricos ni críticos de la literatura. Que sus cuentos tienen rasgos visibles del español del Uruguay y del Río de la Plata en su oralidad más singular e idiosincrásica. Diría que escribe “boyón”, “traspies”, “cuerpecito”, pero que seguramente narra mejor que otros...

9) Diría en tono de explicación que sus percepciones e intuiciones lo pusieron en contacto con una realidad de cambio histórico cultural. (La que bastante después de su muerte se llamó post-modernidad.) Que por ello se desligó del realismo tal como imperaba en tiempos



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

de sus “Libros sin tapas” porque el cauce de su narrativa requería poesía, especialmente para dar su visión de las cosas, los seres y los hechos entre los que estaba la exploración de su yo interior. Agregaría que por la misma razón hizo implotar la índole del hablante y del narrador según la concepción decimonónica porque le impedía avanzar en la construcción literaria de un sujeto complejo, con su doble, sus diversos investimentos personales y semánticos y sus complejas derivas.

10) Diría que su literatura parece ajena de la realidad histórica y los cataclismos sociales pero que en el fondo se divorcia voluntaria e irracionalmente del eurocentrismo y de las formas de la hipocresía social, política y cultural que no permitieron que nuestras sociedades evolucionaran desde el liberalismo a la auténtica democracia, con todo lo que eso conlleva.

11) Nos diría que está encantado con las identidades fluctuantes y virtuales del yo que parecen guarecerse en las tarjetas de memoria y en los dispositivos electrónicos donde el potencial de lo virtual desplaza a las realidades no sin ampliarlas. Que no nos tentemos más con las categorías de lo autobiográfico y lo autodescriptivo porque el yo indisoluble y uno no existe y la memoria es una construcción subjetiva que pertenece a los dominios de lo simbólico. Que el yo narrador-protagonista-pianista-lector también es el otro. Si el yo no es solamente autobiográfico es porque también es una construcción literaria y por tanto autónoma.

12) Que no heredó biblioteca, ni rango ni fortuna pero que intentó aportar a la cultura y a la renovación de la prosa narrativa latinoamericana casi sin proponérselo. Tal como ahora encuentra que verdaderamente lo hizo. Que también intentó desenmascarar varios de los dobles discursos de la sociedad valiéndose del lenguaje y de giros de los hablantes rioplatenses, de humorismo, poesía, metafísica y relato fantástico. En especial los dobles discursos relativos a la autenticidad, al valor en literatura, al individualismo insolidario, a los asuntos de la pretendida identidad nacional, su imaginario colectivo y los resortes del poder.

Si entrara por una de estas puertas repetiría la afirmación del protagonista al final de “La calle”, en “Las dos historias”: ‘señores “ A pesar de todo me parece que cada vez escribo mejor lo que me pasa: lástima que [en este país] cada vez me vaya peor.’”

Luego de la exposición se produjo un intercambio de ideas y comentarios entre los académicos asistentes.

La sesión finaliza a la hora 18:10.

Marisa Malcuori
Secretaria

Adolfo Elizaincín
Presidente